

XIX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C



MONICIÓN INICIAL

Queridos hermanos y hermanas, bienvenidos a esta celebración de la Eucaristía. Sabemos que estamos en un momento de grave crisis de esperanza. Las dificultades económicas dejan ver la debilidad de nuestro sistema. Frente a ello, como seguidores de Jesús, hemos de optar por una esperanza ilusionada. El Señor nos dice hoy a cada uno de nosotros: “No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino”. Que esta celebración fortalezca nuestro compromiso creyente y nuestra opción por los empobrecidos de nuestro mundo.

LECTURAS

Lectura del libro de la Sabiduría 18, 6-9

Sal. 32, 1 y 12. 18-19. 20 y 22 (R/.: 12b)

Lectura de la carta a los Hebreos 11, 1-2. 8-19

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 12, 32-48

MENSAJE PARA LA COLECTA

El Espíritu nos mueve, como comunidad, a acercarnos de forma preferente, a través de nuestra Cáritas parroquial, a los hogares que sufren exclusión, a los trabajadores víctimas de la precariedad laboral y a los jóvenes sin perspectivas. Desde el Evangelio de la justicia, soñamos y luchamos para que los “últimos sean los

primeros”. Gracias por vuestra colaboración y generosidad, sin ellas no sería posible el acompañamiento que realizamos como Iglesia con los más necesitados.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Queremos estar atentos, Padre, a tu presencia en medio de nosotros. Por eso te presentamos nuestros deseos para que nos ayudes a colaborar contigo en la obra de la salvación: Respondamos diciendo: Escúchanos, Señor.

– Que la Iglesia siga siempre vigilante a los signos de los tiempos en los que Tú nos hablas, nos animas y nos interpelas. Oremos. *R*

– Que sintamos todos la responsabilidad del encargo que nos has hecho de cuidar a los mayores, a los enfermos, a los que no tienen a nadie, a los niños, a los jóvenes. A cuidarnos unos de otros como una sola familia de hermanos y hermanas. Oremos. *R*

– Que no sólo cuidemos la “casa” de la tierra, sino que nos preocupemos solidariamente de los empobrecidos y todos los que sufren, buscando una justicia nueva y diferente. Oremos. *R*

– Que, cercanos a ti, estemos vigilantes para descubrir tu presencia en medio de nosotros y en nuestra propia vida. Oremos.

R

Escucha, Señor, nuestros deseos. Que la lámpara de nuestra vida se mantenga encendida para descubrir tu presencia cuando llegues en toda circunstancia en medio de la vida.

REFLEXIÓN

La vigilancia y fidelidad es un componente esencial del discípulo de Jesús. Por eso esta enseñanza que la Iglesia nos propone este domingo, incluye tres parábolas de Jesús con diferentes protagonistas, pero todos llamados a vivir estas virtudes: los criados, el dueño de la casa y el administrador. Solo la vigilancia nos permitirá hacer en cada momento la voluntad del Señor.

No tengas miedo, es la gran preocupación de Jesús. No quiere ver a sus seguidores paralizados por el miedo, ni hundidos en el desaliento. No han de perder nunca la confianza y la paz. También hoy somos un pequeño rebaño, pero podemos permanecer muy unidos a Jesús, el Pastor que nos guía y nos defiende. Él nos puede hacer vivir estos tiempos con paz. “No tengáis miedo, abrid las puertas a Cristo”, clamó san Juan Pablo II en la homilía de comienzo de su pontificado y recordó en sucesivas ocasiones.

Jesús nos invita a estar abiertos, a ser solidarios a no cerrarnos en nosotros mismos, y no dar la espalda a las necesidades de nadie. Nos llama a mantener siempre las puertas abiertas, a ser comunidad en salida, en misión, que compartan sus bienes con los que necesitan ayuda y solidaridad. Jesús nos lanza a ser personas y comunidades que repartamos misericordia de las múltiples formas que está se puede ofrecer.

El discípulo de Jesús ha de vivir vigilando, en espera anhelante a que el Señor vuelva. Esta espera conlleva el gozo de disfrutar con Cristo el banquete final.

La llamada de Jesús a la vigilancia nos debe ayudar a los cristianos a despertar de la indiferencia, la pasividad y el descuido con que vivimos con frecuencia nuestra fe.

Para vivirla de manera lúcida, necesitamos redescubrirla constantemente, conocerla con más profundidad, confrontarla con otras actitudes posibles ante la vida, agradecerla y tratar de vivirla con todas sus consecuencias.

Entonces la fe será la luz que inspirará nuestros criterios de actuación, fuerza que impulsará nuestro compromiso de construir una sociedad más humana y una esperanza que animará todo nuestro vivir diario.